

Capítulo 205

Todos contienen la respiración.

Incluso los caballeros que habían caído en la desesperación.

Incluso Reinhardt, que se había devanado los sesos para escapar de la situación actual.

Incluso Syrkal, que se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

Incluso Deus, que había estado manteniendo desesperadamente sus hilos para bloquear el maná negro.

[-!]

Incluso el Apóstol de la Pereza, que había estado atacando para matar a Alon.

En ese momento, mientras todos contenían la respiración, Alon, emitiendo un rayo azul tan brillante que iluminaba el mundo ceniciente, extendió silenciosamente la mano e hizo un pequeño movimiento.

Un movimiento minúsculo, apenas perceptible a menos que se mirara de cerca.

Sin embargo.

El rayo que desencadenó ese pequeño movimiento se disparó en un instante.

Comenzó a masacrar a las pequeñas arañas.

¡BZZZZZT!

Caóticas líneas azules comenzaron a dibujarse en el mundo ceniciente.

A veces se movían en líneas rectas, otras veces cambiaban de forma errática.

El rayo atravesó sin piedad los cuerpos de las arañas y, en cuestión de segundos, acabó con todas las arañas de las ruinas.

El primero en reaccionar ante esta visión no fue otro que el Apóstol de la Pereza.

«¡Hay que ocuparse de ello ahora mismo!».

El Apóstol de la Pereza, que se había fusionado con Krakscha.

Intuyendo una amenaza instintiva por parte del ser que tenía ante sí, recuperó su pierna desintegrada y, sin la menor vacilación, esparció inmediatamente maná negro y se abalanzó sobre Alon para aplastarlo.

Porque lo sabía con absoluta certeza.

Era la única oportunidad de enfrentarse al ser que tenía ante sí.

No, incluso ahora ya era demasiado tarde.

[¡Muereeee...!]

Lanzando un grito monstruoso para ahuyentar el miedo sofocante que lo invadía, el Apóstol de la Pereza se abalanzó con su enorme corpulencia sobre Alon.

Sin embargo, ante un ataque tan desesperado, la mirada de Alon permaneció completamente...

«.....»

Sereno.

Como si nada de lo que sucedía ante él importara en absoluto.

Con sencillez, con serenidad.

Observó la enorme figura que se abalanzaba hacia él.

Y justo cuando estaba a punto de alcanzarlo, el marqués Palatio levantó la mano hacia el cielo.

Simultáneamente...

¡BOOOOOOM!



Un rugido ensordecedor sacudió los cielos como si el mundo entero hubiera explotado.

Y en sus manos...

¡BZZZZT~!

—Fue un rayo.

Como si lo hubiera arrancado directamente del cielo.

Innumerables arcos eléctricos se dibujaron entre la tierra y el cielo,

convergiendo en la mano de Alon.

El rayo, retorciéndose y contorsionándose como si estuviera a punto de estallar,

finalmente se asentaron en la palma de su mano.

Y en el mismo momento en que el Apóstol de la Pereza levantó su pierna restante...

se oyó una voz.

La ira del cielo (天).

Una voz tranquila pero abrumadoramente clara.

Y entonces...

Lo que vio el Apóstol de la Pereza fue...

[A-]

Un mundo blanco puro que florece en la extensión cenicienta.

¡BOOOOOOM!

Luz.

Barrió toda la tierra.

Un chirrido mecánico y penetrante, que superaba con creces su umbral, consumió todos los sonidos.

El resplandor cegador privó a los caballeros de la vista.

Todo quedó completamente envuelto y un vacío de sensaciones se apoderó del mundo.

Y entonces.

En el momento en que recuperaron el sentido, lo que vieron ante sus ojos fue una enorme araña, atravesada de la cabeza al torso, completamente inmóvil.



«.....»

Y frente a él, contemplándolo en silencio, estaba Alon, envuelto en relámpagos.

«Ah...».

Un leve grito ahogado escapó de los labios de uno de los caballeros.

La inconfundible reverencia de sus ojos se extendió como la pólvora a todos los que lo rodeaban.

No solo los caballeros.

También a Reinhardt.

A Deus.

Y...

A Syrkal.

«.....»

Ella miró fijamente al hombre radiante.

Nunca había dudado de su existencia.



Sin embargo, aun así.

Eso no significaba que ella no hubiera tenido dudas.

Por mucho que se hubiera entregado, siempre había quedado una pizca de incertidumbre.

Porque Syrkal nunca había visto a Kalannon con sus propios ojos.

Había habido historias transmitidas de generación en generación.

Había habido especulaciones casi seguras.

Había existido la convicción inquebrantable del anterior jefe, cuyo juicio nunca había fallado.

Sin embargo, no había pruebas tangibles.

Esa pieza que faltaba había sembrado la semilla de la duda en el corazón de Syrkal.

Quizás.

Quizá, solo quizá, se había equivocado todo el tiempo.

Quizá el antiguo jefe, que nunca había cometido un error, esta vez se había equivocado.



Una duda, minúscula en tamaño.

Sin embargo, en este preciso momento...

«Ah...».

Desapareció, como si nunca hubiera existido.

Porque ella lo sabía.

Lo que realmente era el rayo azul que recorría el cuerpo del marqués Palatio.

Qué significaban las astas que le brotaban de la cabeza.

Y así, Syrkal... bajó la cabeza en señal de reverencia y fe hacia la gran deidad a la que adoraba.

«Uf...».

A medida que el cabello de Alon, que se había erizado, se fue calmado poco a poco, sintió que las astas que tenía sobre la cabeza se desvanecían lentamente.

Dejando escapar un pequeño suspiro, apretó la mano izquierda.



Tiembla...

Su mano izquierda temblaba incontrolablemente, contra su voluntad.

Un entumecimiento agudo se extendió por ella, como si la sangre hubiera dejado de fluir.

Por un breve instante, Alon se preocupó: ¿se había dañado su mano izquierda de forma permanente?

Pero no podía permitirse el lujo de darle vueltas al asunto.

«Siento como si mi cuerpo se estuviera desmoronando...».

Más allá de su mano izquierda, un dolor abrasador le recorría todo el cuerpo, como si fuera a romperse en cualquier momento.

«Si me muevo aunque sea un poco, podría gritar».

El dolor era peor que cuando se desangró tras su encuentro con Ulthultus, tan intenso que le nublaba la vista.

Sin embargo, Alon no lo demostró.

No podía.

Porque todas las personas que lo rodeaban lo estaban observando.



Sus rostros no solo estaban llenos de asombro, sino de algo más parecido a la reverencia divina.

Tenían los ojos muy abiertos y la boca ligeramente abierta, como si estuvieran contemplando a un dios hecho carne.

«… Esta atención es un poco excesiva».

Alon no era de los que se preocupaban por las miradas de los demás.

Al menos, no en circunstancias normales.

Pero en esta situación, en la que él era el único objeto de tan abierta veneración...

«No tengo más remedio que aguantar».

No tenía intención de derrumbarse por el dolor delante de ellos.

… Incluso si las miradas de «reverencia» se enfriaran de repente y se convirtieran en mero «respeto»,

eso sería… un poco embarazoso, incluso para Alon.

Pero justo entonces...

[Aun así, me alegra de que el primer intento saliera bien].

«1»

La voz de Kalannon resonó en su cabeza y, antes de que Alon pudiera reaccionar, la voz continuó.

[No hace falta que respondas. De todos modos, en este momento no te oiría. Solo estoy transmitiendo mi mensaje, así que límítate a escuchar].

Directo al grano, como siempre.

[Me limitaré a tres cosas. Primero: incluso con mi ayuda, lograste manifestarte correctamente. Eso es impresionante. No es algo que suela salir tan bien tan fácilmente].

[Segundo: probablemente tu cuerpo esté sufriendo un dolor insoportable en este momento, pero si planeas volver a usar la divinidad, no te molestes en curarte. Más adelante te explicaré por qué].

[Por último, necesito que recuperes algo para mí. Hay un par de cuernos de ciervo enterrados en algún lugar de estas ruinas. Debes encontrarlos. Sin ellos, no podremos comunicarnos más y no podré enseñarte nada sobre la divinidad].

¿Entendido? ¡Es muy importante! ¡De verdad! ¡Cuento contigo!

Kalannon repitió la petición varias veces, enfatizando su importancia, y finalmente...

Con un último «¡Por favor, se lo ruego!».



La voz se desvaneció.

«Bueno, parece que por ahora está todo resuelto».

Alon suspiró suavemente, grabando las palabras de la chica en su memoria.

Entonces...

¡Boom!

Un tremendo estruendo resonó en la distancia.

A pesar de haber derrotado al Apóstol de la Pereza y al monstruoso Krakscha, el sonido hizo que Alon girara la cabeza.

«¿Qué...?»

Se quedó con la boca abierta antes de darse cuenta.

Apenas habían pasado unos segundos desde que había suspirado aliviado y, sin embargo, ahora, incluso desde lo profundo del bosque, podía verlo claramente.

Una enorme horda de monstruos.

«¿Qué diablos es eso?».



«¡Son mutantes de la región de Selvanus! Parece que perdieron el control de su territorio a causa del maná negro, pero ahora que ha desaparecido, iestán regresando inmediatamente!».

«¿Por qué nada termina nunca de una sola vez?».

La urgencia en las voces de Reinhardt y Syrkal llegó a sus oídos.

¡Pum, pum, pum!

Pero incluso en ese breve instante, las criaturas mutadas ya se habían acercado.

Reinhardt desenvainó rápidamente su espada, pero su rostro se llenó de consternación.

Y con razón.

Si solo se tratara de uno o dos monstruos, Reinhardt no estaría tan tenso.

Pero, por desgracia, había al menos ocho.

Lo que significa que era prácticamente imposible que se enfrentara a todos él solo.

Deus ya estaba agotado, habiendo superado sus límites.

Y aunque Alon parecía estar bien en apariencia, Reinhardt se dio cuenta de que no estaba en muy buenas condiciones.



«¡Parece que no tengo otra opción...!»

Reinhardt se armó de valor.

Apretó con fuerza su espada y se preparó para cargar hacia adelante.

Pero justo cuando lo hacía...

¡Splurt!

La cabeza del mutante líder explotó.

«?»

El inesperado e instantáneo suceso dejó a todos en estado de shock.

Y antes de que pudieran siquiera comprender lo que había sucedido...

¡Thunk! ¡Thudududu!

Como para confirmar la realidad que tenían ante ellos, la cabeza rodante y empapada en sangre del mutante caído se deslizó por el suelo en ruinas.

Pero no era solo uno.

Un momento después...



La cabeza de una serpiente se partió limpiamente en dos, derramando sangre en el aire.

El cráneo de un mutante parecido a un lobo quedó destrozado hasta quedar irreconocible, con los sesos esparcidos en todas direcciones.

Y una criatura con docenas de tentáculos tenía el torso destrozado, tiñendo de rojo el verde bosque.

Los enormes mutantes ni siquiera habían tenido oportunidad de atacar antes...

Se produjo una masacre instantánea.

Mientras todos permanecían paralizados, incapaces de comprender lo que había sucedido...

«Eh, tío, qué bien sienta estirarse un poco después de tanto tiempo».

Una chica salió del campo de batalla, pasando por encima de los mutantes caídos.

Todos contuvieron la respiración al verla.

No porque ella liderara un grupo extraño.

No por su belleza.



La razón por la que todos se quedaron instintivamente paralizados fue...

«Bueno, llego un poco tarde, pero...».

El aura abrumadora que irradiaba.

Una presión primitiva y sofocante.

De esas que advierten...

si se movían aunque fuera un centímetro, morirían.

No era suficiente para hacer dudar a los caballeros.

Era...

«Kh...»

«Guh...»

Los hizo desplomarse.

Uno tras otro, los caballeros comenzaron a desmayarse, incapaces de soportar la fuerza de su presencia.

Pero la chica... no, el Rey de los Cien Fantasmas...



no les dedicó ni una mirada.

Como si su existencia ni siquiera le importara.

En cambio...

«¡Bueno, hacía mucho que no nos veíamos!».

Con una voz increíblemente alegre y un saludo enérgico, saludó a Alon.

«.....??»

Los que apenas lograban mantenerse en pie se volvieron para mirar a Alon al unísono.

Pero...

«... ¿??»

Alon estaba tan confundido como ellos.